

**CONCURSO LITERARIO CON MOTIVO DE LOS 1.300 AÑOS DE
LA CORONACIÓN DE DON PELAYO**

“TRES VACAS PREÑADAS”

(Oretum)

TRES VACAS PREÑADAS

No recordaba haber cruzado hasta entonces más de dos palabras con el prior, un hombre lejano por su sabiduría, su posición y hasta por la forma de hablar.

- Me dicen, muchacho, que andabas a puñadas con otro novicio por no sé qué cuestión. No le daría más importancia si no fuera porque, al parecer, pronunciaste mi nombre... justo cuando le tirabas una palada de bosta a la cara.

El chico se iba encogiendo a medida que el prior le recriminaba, sin darse cuenta de que trataba, a duras penas, de contener la risa.

- Páter, no era nada. Cosas de mi ignorancia. Soy un necio y un malnacido, el que se llevó la bosta decía la verdad. No se puede andar pesaroso teniendo un techo bajo el que cobijarse y un plato que llevarse a la boca.

- Qué contrariedad. ¿A eso reduces tu vocación? ¿A comer y no dormir al raso?

- No, no... - intervino aún más sofocado.

- Vamos. Dime de qué se trata, no me hagas perder el tiempo. No tengas miedo salvo si mientes, y no a mí, sino a ti mismo. En el fondo, no serás el primer hermano ni el último para los que la llamada del Altísimo coincide con la campanilla del refectorio.

El joven carraspeó, miró con desconfianza pero finalmente se decidió a contestar, hallando sólo bondad en el rostro del prior.

- Verá, páter... yo discutía... - respiró hondo y se armó de valor - porque me pareció que pagar tres vacas preñadas por un libro tenía que ser pecado.¹

- ¡Vaya! – el hombre levantó las cejas - ¿Es muy caro?

Al prior parecía complacerle la sinceridad ¿Por qué callar? ¿Acaso no nos mandó nuestro padre San Benito “decir la verdad con el corazón y con los labios”?

- Una familia que las tenga puede casar bien a sus hijas y mirar sin miedo al porvenir. Con ellas, hasta una aldea puede salir adelante si las sabe cuidar y cruzar con un buen toro.

- Entonces ¿cuánto crees que vale todo ese estante?

¹ Según el cartulario de Sto. Toribio de Liébana, ése fue el precio pagado por un libro en el monasterio de San salvador de Belenia. Documento Recogido por L. Sánchez Belda. 1948.

El hombre movió la lámpara e iluminó, a su espalda, un anaquel con varias docenas de volúmenes y un montón confuso de rollos de pergamino.

- A razón de tres vacas cada uno... ¡una fortuna, señor! – Respondió con admiración.
– Pero lo cierto es que yo no daría ni una liebre por ninguno de ellos – corrigió – no siendo la Palabra de Nuestro Señor, claro está.

- Al menos tú eres sincero. En ocasiones yo también dudo de todo lo que me propongo. No sé si eres un ángel del Señor que viene a sacudir el polvo de mis incertidumbres. Siéntate y escucha.

Asustado, apenas se apoyó contra el borde de un escaño.

- A cambio de las tres vacas que vamos a pagar al mercader, vendrá a nosotros el *Adversus Haereses* de San Ireneo. Con él y con estos otros libros que allí ves - hizo una pausa teatral - escucha bien lo que te digo: con esto vamos a ganar la guerra al infiel.

El novicio se irguió sobre el asiento y abrió desmesuradamente los ojos. Los pasó del rostro del prior al lomo de los libros, lleno de espanto. Él hombre, en cambio, soltó una carcajada.

- No tengas miedo, no es un libro de brujería con hechizos ni conjuros. Es un tratado contra los herejes de tiempos de los primeros padres. Pero está lleno de sabiduría.

El muchacho resopló, aliviado.

- ¿Tú oíste hablar de Pelayo, el rey?

- ¡Cómo no, páter! - Se le iluminó la mirada - Mi abuelo anduvo con él cuando lo de Covadonga y vio a los suyos alzarlo sobre el escudo, como hacían los antiguos, en el sitio que dicen de La Corona. Eso es tan verdad como que él me lo contó y que engendró a mi madre.

- ¿Y cuando cayó el monte Subiedes sobre los moros que huían?

- Pero señor - sonrió entonces con suficiencia- si hasta he escuchado como todavía se quejan algunos allá dentro. No es un embuste, créame. Siendo muy chico los oí yendo al río con mi padre. Se les sentía tan claro como ahora oigo yo a su señoría. Si se escarba debajo del argayo aparecerán los reyes moros cubiertos de oro y plata, pero las peñas que cayeron son tan gruesas que ni con una docena de bueyes ha sido nadie capaz de moverlas una pulgada. Creo que es tanta voluntad de Dios el que sigan allí sepultados y rabiando como lo fue echarles encima el monte.

- Pudiera ser, pudiera ser – concedió con un punto de ironía. – Pues has de saber que si Dios sostuvo la espada de Pelayo y tiró abajo la cresta de la montaña, lo que ahora tenemos enfrente es aún más fiero que aquel ejército. Pero ésta es tierra de milagros y Dios no nos dejará de su mano.

El rostro ingenuo del muchacho le incitó a seguir su discurso.

- Toledo fue la silla más principal de la Iglesia después de la de Roma pero es ahora tierra de infieles. En esa cátedra han sentado a un tal Elipando, no sé si malvado o débil pero puedo asegurarte que no es un necio. Este mal obispo sostiene que, siendo Nuestro Señor Jesucristo un hombre mortal, no es posible que comparta la misma naturaleza divina del Padre de modo que sería, todo lo más, un hijo adoptivo de Dios.

- Como la cría que mama de la cabra que no es su madre.

- Algo así, amigo... aunque no sé si es la mejor comparación.

- Perdón, páter, perdón.

- Los infieles dicen que Cristo fue un gran profeta pero niegan que fuera Dios, de este modo, todo lo que suponga bajar a Jesús de su Majestad es acercarnos a lo que ellos pretenden. Por eso eligieron a Elipando ¿Te das cuenta? Si el propio obispo de Toledo niega la divinidad de Cristo ¿qué Fe va a sostener a los que empuñen una espada en su Nombre? Matar la Fe, sembrar la duda y la discordia es propio de un enemigo astuto. Aquí, en este escritorio, en esta celda metida entre los riscos ha querido Dios que demos una batalla tan recia como la de Pelayo, y para ganarla vamos a necesitar un milagro tan grueso o más que el del monte Subiedes. Hemos de juntar a toda la cristiandad bajo un mismo dogma, extirpar la duda y restañar la herida del cisma, de modo que un solo espíritu nos guíe durante los siglos que haya de durar esta empresa. Dios ha dispuesto que demos aquí esta nueva batalla y que estas peñas agrestes sean por dos veces la salvación de la cristiandad. Pero en este lance no habrá más filos que el de la pluma ni más muros ni escudos que los buenos libros. Mira, pues, si son poco tres vacas preñadas para disponer de un arma poderosa en la batalla que se nos viene.

Muchacho, cuida con esmero los animales, labra la tierra, acude a los oficios, pon dedicación y esfuerzo en cuanto hagas y al mismo tiempo sazónalo con alegría porque de este modo tú también estarás trabajando por la victoria.

- Así sea, prior Beato. Así sea. – Respondió el novicio con los ojos anegados en lágrimas.

(Oretum)